

Primeras impresiones de la ciudad (o "transitando por la superficie")

En París hace menos frío que en Dresden, pero así y todo, ayer a la noche nevó. Por otro lado, el gris está igualmente omnipresente. Esa sensación de estar bajo la gran nube que tapa la Europa que va más allá, más arriba de los Alpes, es sorprendente.

El viaje en camioncito con todas nuestras cosas acuestas confirmó que todo está bastante cerca, y también, que por esas rutas que tan cómodamente anduvimos, hace varios años (y la verdad que no tantos) se desarrollaron los episodios de las dos guerras llamadas mundiales. Carteles marrones con nombres de batallas recuerdan cada tantos kilómetros que por ahí se enfrentaron y murieron miles de hombres armados que defendían justamente ese mismo terreno y tantas ideas más también.

Así llegamos a París, sintiendo que algo se acababa de achicar en el imaginario de lo que ocupa "Europa". ¿1000 kilómetros qué dan? ¿Buenos Aires-Bariloche? Está bien... Vimos también camiones con patente de España, que iban a Orense, tan cerca de Finiserra...jjjjoder.

Llegar a París atravesando y superando el enjambre de autopistas que la circundan resultó un poco tensionante, pero ahí estábamos, en el centro de Francia, en una gran ciudad otra vez.

Resulta bastante fácil "encontrarse" en París. Como podrían decir en algún libro de autoayuda: "hallarse". ¿Suena un poco mal? Creo que sí, pero me refiero a que es una ciudad parecida a lo que una entiende por ciudad, o sea, en mi caso, Buenos Aires. Y tampoco toda Buenos Aires, sino algunos barrios específicos como Recoleta, por ejemplo. Fer decía algo así como "París es una Recoleta en versión familiar". Y quizás sirva para resumir a groso modo el aspecto de esta ciudad. Al final no es tan grande, y se puede llegar caminando, yo diría, en 3 horas de una punta a la otra. No lo probé, pero arriesgo esa cifra en base a otras distancias que sí caminamos.

El Sena es un río respetable, más ancho que el Elba y en las partes más anchas, casi el doble de la distancia que hay en el Riachuelo de Caminito a lo que tiene enfrente. Las edificaciones que se ven a un lado y otro son muy hermosas, y según donde se esté, aparecen los perfiles famosos como Notre Dame, la torre Eiffel, el Louvre, etc.

La red de transportes públicos es impresionante. Son 16 líneas de subtes, varias de tranvías que se encuentran alrededor de la ciudad (donde siguen hablando de "puertas"), y 5 líneas de trenes que van de una punta a la otra, siguiendo siempre ese esquema de sol y rayos que hace recordar tanto a nuestra magra red porteña de subtes. (El cruce acá estará en Les Halles-Chatelet, cerquita de la Notre Dame, en lugar de Plaza de Mayo). Además están los colectivos, pero ahí sí que Buenos Aires tiene más. Así que si se desea, se puede llegar haciendo conexiones a casi todos lados como topos, metidos en vagones con gente de todos los tamaños, colores, olores y aspectos (lo que puede variar también según el recorrido barrial que haga la línea en que se esté, pero todavía no me dí mucha cuenta de esas tendencias), para salir a la superficie en alguna de las tantas estaciones, ignorando qué será lo que nos espera ahí arriba.

Y entonces las calles son calles, con sus veredas, a veces demasiado finitas, pero veredas al fin, con edificaciones casi permanentes, negocios, bares, puertas de casas, con distancias razonables y con mucho movimiento. ¿Todo esto dicho así suena estúpido? bueno, lo que pasa es que en Alemania todas esas “normalidades” podían no estar: podías salir del subte al azar en alguna de las tantas estaciones que también tiene, por ejemplo, Berlín, y encontrarte en el medio de la nada, con pastizales a un lado, una zona en construcción llena de máquinas al otro, cercos de prohibido pasar, y nadie alrededor, silencio y viento. Y si por esas cosas del tiempo libre y la curiosidad te había parecido que no había tanta distancia entre una estación y la otra, y entonces te preguntabas ¿por qué no caminar un poco? ahí caías en la cuenta de que estabas avanzando por alguna avenida de circulación rápida, y sin nadie a quién preguntarle si estabas siguiendo el camino indicado para llegar a la otra estación o te estabas alejando hacia cualquier otro “ningún lado” de los que parecían abundar por esos pagos. Esto sólo para señalar una situación hipotética, pero totalmente factible.

Y el tema es que París no sufre de esos espacios abiertos y desconcertantes propios de las ciudades bombardeadas de Alemania, al menos de las que conozco. De hecho pareciera que no hay más lugar para nada, que está todo construido y ocupado. Y la crisis inmobiliaria que se vive refleja en esa dirección una movida turbia y maldita facilitada por los propietarios especuladores. Acercarse a las vidrieras de las inmobiliarias parece una broma de mal gusto. Dependiendo del barrio en que una realice ese acto de curiosidad y valentía, puede llevarse una idea más o menos así:

20 mts². Quinto piso sin ascensor. Baño, cocina, ventana, piso, techo y paredes: 800 euros por mes, más comisión y garantía.

Y si quizás fuera para comprar, unos inquietantes e inalcanzables: 200.000 euros. Esto último puede variar hasta el millón o los dos, en barrios no necesariamente de lo más hermosos ni bien conectados ni nada. Así que una se pregunta dónde corchos vive toda esa gente que se ve pulular por las calles, gente diversa que no pareciera poder disponer de 800 euros para dejar en un alquiler, y no sólo parisinos o franceses, también inmigrantes africanos de las ex colonias, caribeños de las antillas, árabes varios, chinos, paquistaníes, indios, más todo lo que llega a una gran ciudad abierta y, por la impresión superficial que da, receptiva y no demasiado restrictiva.

Se supone que existen formas gubernamentales de subvención de viviendas, además de los núcleos habitacionales que construyeron en los setenta y ochentas alrededor de la ciudad y que albergan a miles de personas (los Banlieu, recientemente afamados por la quema de coches, y muestra de que hay varias Parises y que se prefiere rescatar a una sola de todas esas realidades). Como sea, y manteniendo el tono de “observar la superficie”, la sensación es que la mayor parte de la gente no debe vivir demasiado cómodamente, más bien hacinada y quizás por eso mismo, transitando tanto las calles. Más la gente que vive propiamente en las calles, que son bastantes, o tal vez sea la comparación inevitable con la controladora y fría Alemania. Lo cierto es que se ven muchos linyeras en sus bolsas de dormir (sí, no es un detalle tan menor) en las calles y en las estaciones de subte cuando se van haciendo las 20 o 21 horas.

También se ven muchos locos (en general los linyeras suelen estar locos también), gente hablando sola, gritando, revolviendo tachos, haciendo cosas raras como cambiar de vagón en cada estación, o caminando en círculos, limpiando algo, cruzando y volviendo a cruzar la calle, etc. Supongo que en toda concentración de seres humanos es inevitable encontrarse con gente de actitudes que quedan fuera de la norma, pero pareciera que en esta ciudad hay muchos de verdad.

Una de las cosas que más me gusta es ver la variedad de personas que circulan por la ciudad. En Alemania todo me terminó pareciendo uniforme, rostros semejantes, o a lo sumo unos cinco modelos de personas diferentes, y más o menos todo encajaba en un puñado de prototipos para jóvenes, adultos, hombres, mujeres y cosas intermedias de las que están llenas las ciudades germanas. Acá, en cambio, se ve de todo, y mucha, pero mucha gente bonita, atractiva.

En algún momento pensé que en Alemania iba a cruzarme a cada paso con ese ideal de belleza que me inculcó la cultura mediática-latina-porteña de (creo que ahora está un poco cambiado el asunto): rubios de ojos celestes. Y lo cierto es que en Alemania está lleno de rubios y rubias de ojos celestes... y eso mismo termina resultando chocante, aburrido, uniforme. Y no estoy diciendo que los alemanes sean gente fea ni mucho menos, pero supongo que a mí me gusta la diversidad, o el encontrarme con rubios, después morochos, castaños, rostros más parecidos a los que me crucé a lo largo de mis primeros 27 años de vida por las calles de Buenos Aires. Y además con gente de otras partes del planeta que se visten distinto, caminan distinto, tienen distintos cobres de piel, otras actitudes...

En cuanto a los “lugares comunes” asociados con esta ciudad, lo de la capital de la moda creo que es bastante evidente. Hay un claro interés por arreglarse, hombres y mujeres, pero tampoco todo el mundo es así, o sea que hay espacio para gente que no se preocupa demasiado del asunto como...yo. El cuidado y atención que le prestan a la comida y a la bebida diría que también es un hecho confirmado. Hablar de quesos y vinos, o explicar la composición de platos, la forma de prepararlos, cocinarlos y hasta comerlos, se ve que forma parte de los saberes que hay que manejar para todo parisino que se precie de serlo. Me pregunto si en las charlas de ascensor en vez del clima hablarán de estas cosas.

Me lo pregunto porque si bien nuestro edificio cuenta con un ascensor, no sólo no lo uso porque estamos en el primer piso, sino que también siempre olvido el código que lo activa...sí, otra de las cosas que me sorprenden...Resulta que desde que estamos acá fui notando que esta gente vive rodeada de códigos de seguridad, contraseñas, tarjetas, identificaciones, claves de acceso, etc. No sé si será ese gusto por el “recontra espionaje” a lo súper agente 86, o alguna herencia de vaya a saber qué, pero por ejemplo:

-Los edificios de departamentos en vez del clásico (lo de clásico vale por argentino, o al menos por porteño) portero eléctrico (o citófono, como me enseñaron los colombianos) con su sistema de “batalla naval” (8o A, 13 D, etc.) presentan una botonera tipo teléfono, más las letras “A” y “B”. Entonces, por ejemplo en nuestra casa, para entrar, tenemos que teclear un código, que nos abre la puerta 1. Recién ahí, ingresamos al edificio, y nos dirigimos a un portero eléctrico más normal, con los nombres de cada uno de los que viven en el edificio, al lado del botón correspondiente. Pero pongamos que abrimos la puerta 2 con la llave, y entonces

damos al pasillo donde está el ascensor. Ahí subimos al ascensor, y tenemos que teclear OTRO código, en otra botonera tipo teléfono público para poder usarlo (obvio que no es el mismo que el anterior, no sería “seguro”) y ahí llegamos a nuestra puerta 3 y con la llave, entramos. Ahora supongamos que invitamos a X a la casa. Entonces le tendremos que dar el código para abrir la puerta 1, que lo va a habilitar a acceder a un portero eléctrico con nuestros apellidos (pegados truchamente con cinta scotch)... Y ahí, tendremos que haberle dado también el código del ascensor..Y decirle en qué piso estamos!!! (Eso de los nombres y el piso también era así en Alemania). Lo que queda claro es que no podremos ir a la casa de una persona completamente desconocida, porque al menos tendremos que saber su apellido...

Eso a modo de ejemplo, pero se puede seguir. La tarjeta del banco medio que no cuenta, porque es normal que tenga una clave, así que ahí no voy a decir nada. Pero después otras tarjetas que en menos de un mes fuimos juntando:

-la navigo: es la tarjeta para viajar en los medios de transporte, de carácter mensual, se carga al principio del mes en unas terminales que tienen casi todas las estaciones o todas, y por una suma de dinero que al final termina estando bien, te permite viajar ilimitadamente. Gracias a la necesidad de pasarla por los molinetes, todo queda registrado a disposición de la fuerza de “seguridad” que desee rastrear la circulación de la tarjeta, suponiendo que la susodicha estará acompañada por el portador cuya foto debe figurar en la misma navigo, y que haya cometido algo que amerite ser rastreado.

-la tarjeta del super: que me permite “cagnotter” euros con cada compra. Me parece que no hay una traducción directa, pero en algún momento voy a poder pagar menos, según lo que haya “cagnotado”. Y va a venir bien, porque los precios realmente difieren bastante de los de Dresden.

-la credencial de una biblioteca (la de Sainte Genevieve, por ahora): con foto y código de barras que me permite usar el sistema computadorizado, me da un lugar, me identifica para pedir libros, la tengo que pasar por unos molinetes a la entrada y a la salida, me tengo que dar de baja para liberar mi asiento, etc.

-la tarjeta del cine: esta es una adquisición de lo más impresionante. Cine ilimitado! pagando una cuota mensual, las pelis que querramos en el horario que querramos. La llevo también siempre conmigo, por cualquier caso de emergencia en que necesite entrar a ver una película, obvio. Y Fer tiene otras tantas relacionadas con el acceso a su trabajo, también con tarjetas magnéticas y códigos, todos distintos para despistar al “enemigo”, y desde ya, confundir al portador.

Y a eso, las claves del correo electrónico, del online banking, del contestador automático, de la página de internet, más los números de teléfono, el código postal, el pasaporte, la fecha de nacimiento, el año en que estamos, etc...

Así que todas esas pequeñas raíces que fuimos sembrando relativamente lento en Alemania, acá crecieron mucho más rápido de lo que nos hubiéramos imaginado, dando una falsa idea de raigambre y adaptación, que los menos de dos meses que estamos acá nos recuerdan que es ilusorio, pero que en definitiva va pintando bien.

Michi, 7 de abril de 2008.